

ACTAS DEL MARTIRIO DE LOS SANTOS FRUCTUOSO, OBISPO, Y AUGURIO Y EULOGIO, DIÁCONOS

En Tarragona, año 259. Siendo emperadores **Valeriano** y **Galieno** y **Emiliano** y **Baso** cónsules, el diecisiete de las calendad de Febrero (el 16 de enero), un domingo, fueron prendidos **Fructuoso**, obispo, **Augurio** y **Eulogio**, diáconos.

Cuando el obispo **Fructuoso** estaba ya acostado, se dirigieron a su casa un pelotón de soldados de los llamados beneficiarios, cuyos nombres son: **Aurelio**, **Festucio**, **Elio**, **Polencio**, **Donato** y **Máximo**. Cuando el obispo oyó sus pisadas, se levantó apresuradamente y salió a su encuentro en chinelas. Los soldados le dijeron:

➤ Ven con nosotros, pues el presidente te manda llamar junto con tus diáconos.

Respondioles el obispo **Fructuoso**:

FRUCTUOSO — Vamos, pues; o si me lo permitís, me calzaré antes.

Replicaron los soldados:

➤ Cálzate tranquilamente.

Apenas llegaron, los metieron en la cárcel. Allí, **Fructuoso**, cierto y alegre de la corona del Señor a que era llamado, oraba sin interrupción. La comunidad de hermanos estaba también con él, asistiéndole y rogándole que se acordara de ellos.

Otro día bautizó en la cárcel a un hermano nuestro, por nombre **Rogaciano**.

En la cárcel pasaron seis días, y el viernes, el doce de las calendas de febrero (21 de enero), fueron llevados ante el tribunal y se celebró el juicio.

El presidente **Emiliano** dijo:

EMILIANO — Que pasen **Fructuoso**, obispo, **Augurio** y **Eulogio**.

Los oficiales del tribunal contestaron:

➤ Aquí están.

El presidente **Emiliano** dijo al obispo **Fructuoso**:

EMILIANO — ¿Te has enterado de lo que han mandado los emperadores?

FRUCTUOSO — Ignoro qué hayan mandado; pero, en todo caso, yo soy cristiano.

EMILIANO — Han mandado que se adore a los dioses.

FRUCTUOSO— Yo adoro a un solo Dios, el que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene.

EMILIANO — ¿Es que no sabes que hay dioses?

FRUCTUOSO — No lo sé.

EMILIANO — Pues pronto lo vas a saber.

El obispo **Fructuoso** recogió su mirada en el Señor y se puso a orar dentro de sí.

El presidente **Emiliano** concluyó:

EMILIANO — ¿Quiénes son obedecidos, quiénes temidos, quiénes adorados, si no se da culto a los dioses ni se adoran las estatuas de los emperadores?

El presidente **Emiliano** se volvió al diácono Augurio y le dijo:

EMILIANO — No hagas caso de las palabras de **Fructuoso**.

Augurio, diácono repuso:

AUGURIO — Yo doy culto al Dios omnipotente.

El presidente **Emiliano** dijo al diácono **Eulogio**:

EMILIANO — ¿También tú adoras a Fructuoso?

Eulogio, diácono, dijo:

EULOGIO — Yo no adoro a **Fructuoso**, sino que adoro al mismo a quien adora **Fructuoso**.

El presidente **Emiliano** dijo al obispo **Fructuoso**:

EMILIANO — ¿Eres obispo?

FRUCTUOSO — Lo soy.

EMILIANO — Pues has terminado de serlo.

Y dio sentencia de que fueran quemados vivos.

Cuando el obispo **Fructuoso**, acompañado de sus diáconos, era conducido al anfiteatro, el pueblo se condolía del obispo Fructuoso, pues se había captado el cariño, no sólo de parte de los hermanos, sino hasta de los gentiles. En efecto, él era tal como el Espíritu Santo declaró debe ser el obispo por boca de aquel vaso de elección, el bienaventurado **Pablo**, doctor de las naciones. De ahí que los hermanos que sabían caminaba su obispo a tan grande gloria, más bien se alegraban que se dolían.

De camino, muchos, movidos de fraterna caridad, ofrecían a los mártires que tomaran un vaso de una mixtura expresamente preparada; mas el obispo lo rechazó, diciendo:

FRUCTUOSO — Todavía no es hora de romper el ayuno.

Era, en efecto, la hora cuarta del día; es decir, las diez de la mañana. Por cierto que ya el miércoles, en la cárcel, habían solemnemente celebrado la estación. Y ahora, el viernes, se apresuraba, alegre y seguro, a romper el ayuno con los mártires y profetas en el paraíso, que el Señor tiene preparado para los que le aman.

Llegados que fueron al anfiteatro, acercósele al obispo un lector suyo, por nombre Augustal, y, entre lágrimas, le suplicó le permitiera descalzarle. El bienaventurado mártir contestó:

FRUCTUOSO — Déjalo, hijo; yo me descalzaré por mí mismo, pues me siento fuerte y me inunda la alegría por la certeza de la promesa del Señor.

Apenas se hubo descalzado, un camarada de milicia, hermano nuestro, por nombre **Félix**, se le acercó también y, tomándole la mano derecha, le rogó que se acordara de él. El santo varón **Fructuoso**, con clara voz que todos oyeron, le contestó:

FRUCTUOSO — Yo tengo que acordarme de la Iglesia católica, extendida de Oriente a Occidente.

Puesto, pues, en el centro del anfiteatro, como se llegara ya el momento, digamos más bien de alcanzar la corona inmarcesible que de sufrir la pena, a pesar de que le estaban observando los soldados beneficiarios de la guardia del pretorio, cuyos nombres antes recordamos, el obispo **Fructuoso**, por aviso juntamente e inspiración del Espíritu Santo, dijo de manera que lo pudieron oír nuestros hermanos:

FRUCTUOSO — No os ha de faltar pastor ni es posible falte la caridad y promesa del Señor, aquí lo mismo que en lo por venir. Esto que estáis viendo, no es sino sufrimiento de un momento.

Habiendo así consolado a los hermanos, entraron en su salvación, dignos y dichosos en su mismo martirio, pues merecieron sentir, según la promesa, el fruto de las Santas Escrituras. Y, en efecto, fueron semejantes a **Ananías, Azarías y Misael**, a fin de que también en ellos se pudiera contemplar una imagen de la Trinidad divina. Y fue así que, puestos los tres en medio de la hoguera, no les faltó la asistencia del Padre ni la ayuda del Hijo ni la compañía del Espíritu Santo, que andaba en medio del fuego.

Apenas las llamas quemaron los lazos con que les habían atado las manos, acordándose ellos de la oración divina y de su ordinaria costumbre, llenos de gozo, dobladas las rodillas, seguros de la resurrección, puestos en la figura del trofeo del Señor, estuvieron suplicando al Señor hasta el momento en que juntos exhalaban sus almas.

Después de esto, no faltaron los acostumbrados prodigios del Señor, y dos de nuestros hermanos, **Babilán** y **Migdonio**, que pertenecían a la casa del presidente **Emiliano**, vieron cómo se abría el cielo y mostraron a la propia hija de **Emiliano** cómo subían coronados al cielo **Fructuoso** y sus diáconos, cuando aún estaban clavadas en tierra las estacas a que los habían atado.

Llamaron también a **Emiliano** diciéndole:

- Ven y ve a los que hoy condenaste, cómo son restituidos a su cielo y a su esperanza.

Acudió, efectivamente, Emiliano, pero no fue digno de verlos.

Los hermanos, por su parte, abandonados como ovejas sin pastor, se sentían angustiados, no porque hicieran duelo de **Fructuoso**, sino porque le echaban de menos, recordando la fe y combate de cada uno de los mártires.

Venida la noche, se apresuraron a volver al anfiteatro, llevando vino consigo para apagar los huesos medio encendidos. Después de esto, reuniendo las cenizas de los mártires, cada cual tomaba para sí lo que podía haber a las manos [...]

¡Oh bienaventurados mártires, que fueron probados por el fuego, como oro precioso, vestidos de la lorica de la fe y del yelmo de la salvación; que fueron coronados con diadema y corona inmarcesible, porque pisotearon la cabeza del diablo! ¡Oh bienaventurados mártires, que merecieron morada digna en el cielo, de pie a la derecha de Cristo, bendiciendo a Dios Padre omnipotente y a nuestro Señor Jesucristo, hijo suyo!

Recibió el Señor a sus mártires en paz por su buena confesión, a quien es honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

➤ Soldados y pueblo
EMILIANO
FRUCTUOSO, AUGURIO, EULOGIO

Narrador